



Rubén Darío

Salomón de la Selva

La Política y Rubén

Alejandro Reyes Huete

La política, deporte sangriento de la raza latinoamericana desde la aurora de su vida independiente, es endémica en los pueblos que baña el mar Caribe y en el sur de América. El golpe de estado, la guerra civil, la violación de la Constitución, el fraude cívico, son hechos corrientes en nuestra historia republicana. Y los comentarios apasionados de semejantes resquebrajamientos sociales son el manjar diario que la prensa ofrece al pueblo, envenenándolo con él, formándole el hábito pernicioso del desorden obcecado y violento, entorpeciendo el acceso a la práctica del trabajo y de las otras virtudes ciudadanas. Con lo que se da razón a Benjamín Franklin y a Fernand Cooper cuando sentaron el postulado de que el contacto con los asuntos públicos es una de las influencias más corruptoras a que están expuestos los hombres.

De semejante contacto huyó Darío con insistencia pertinaz, evitando cuanto pudo estropear sus alas de cisne en los barrizales de la política de campanario de que tanto gustan nuestros pueblos.

Darío trató las cuestiones vernáculas de modo transitorio e intrascendente, hasta los pájaros y paisajes de su parcela solariega tuvieron para él trinos y tonos fugaces. Su emoción artística y su inspiración poética alcanzaron horizontes más lejanos y cruzaron mares que besan playas de otro continente, considerado entonces como asiento de la cultura universal.

Y como en literatura fue también en su emoción patriótica. El patriotismo no tuvo para él demarcación territorial, la patria no fue la tierra donde nació ni donde yacen sus antepasados, con su tradición, su historia, su escudo y su bandera. Esos símbolos, por cuyo culto y defensa existen los héroes y mueren los hombres, no hicieron vibrar las cuerdas de su lira con la entonación que sólo da el sentimiento profundamente arraigado en la conciencia. Bolívar y Martí, Caupolicán y Ricaurte, fueron fenómenos admirados sin envidia por el epicúreo nicaragüense.

Cantó con elegancia al héroe cubano, al Libertador, las proezas de Chile, la grandeza de Argentina, las glorias de España, el esplendor de Francia, la tradición de Tutecotzimí y el secreto del Momotombo. Pero de nuestra independencia, de nuestra libertad, de nuestra patria nada dijo el cantor de tantas glorias, no obstante su devoción por Homero, Píndaro y Hugo. Se divorció de la corriente enfermiza de la lírica americana entonces en boga, la cual, según sus palabras,

“tenía como fin y objeto la celebración de las glorias criollas, los hechos de la independencia y la naturaleza americana: un eterno canto de Junín, una inacabable oda a la Agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas”.

Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña, dijo Darío de acuerdo con su propio sentimiento. El no vio a su Patria con lentes políticos, ni utilitarios, ni nacionalistas, pues entonces la habría visto cercenada al sur gracias a la rivalidad rencorosa de nuestros antecesores políticos, (tratado Cañas-Jerez) e incompleta al norte por otra clase de ceguera patriótica, tan funesta como la anterior (Laudo del rey de España). Darío tuvo el sentido socialista de patria, con sus horizontes dilatados hasta donde pueden ser comunes los intereses económicos, culturales y espirituales de la raza.

En el capítulo de “La Caravana” pasa expresó su opinión sobre lo que es la patria, en los siguientes términos:

“La patria no se define por los límites naturales no se define por la lengua, por la raza, no tiene que ver casi con la geografía, la lingüística, la etnografía. La patria se constituye por el libre y mutuo consentimiento de hombres que quieren vivir bajo un régimen político y social que han libremente creado y adoptado”. Desde luego no puede dirigir el azar o la contingencia del nacimiento esta libertad de escogencia, creadora del régimen que place, suceso extraño a la voluntad humana.

El escritor y poeta Pedro Sa-

linas, al comentar las diversas patrias de Darío (su patria original, Nicaragua, su otra patria, Chile, su segunda patria, Argentina, su madre patria, España, la patria universal, Francia, todas así llamadas por él) vierte los siguientes conceptos, en los que palpita su simpatía por nuestro admirado peregrino infatigable: “Para él patria no es nación. No hay país grande que sea, que se ajuste a la talla de su patria. No le llamaría yo “citizen of the world” (ciudadano del mundo).

La patria se impone con el nacer, y luego casi todos la aceptamos con el vivir. Rubén no desertó de la suya, ni negó ni renegó lo “natural” de la patria... Pero él se “hizo” su patria. Superpuso a los elementos dados otros adquiridos en sus experiencias intelectuales y humanas. La patria, hecho natural, le convierte Darío en una decisión de orden cultural.

“Rubén vivió bien en todas partes, como Erasmo o Vives. El llegó por vía de lo poético, intelectivamente, a ese mismo concepto de patria de los grandes humanistas. En ella caben la tierra del nacer, las tierras del crecer, los dones de la carne, los logros del espíritu... “Magnipatria” llamaría yo a la de Rubén, la patria creada conforme a la sed espiritual del hombre, y sin otros límites que los límites mismos de la visión y del sueño del ser humano, los límites que se alcanzan casi invisibles, al fondo de los horizontes”.

Para conocer en todas sus facetas espirituales a Rubén Darío forzoso es referirse también a su actitud política, aunque ella no dé lustre a su nombre. Como centroamericano sufrió el mal de la raza, pero no descolló en el espinoso campo de las banderillas partidarias. Fue liberal, porque creció en ambiente rojo, de orientación volteriana, pero no fue partidario militante. En este sentido sus actividades se orientaron a conseguir el apoyo del poderoso de la hora para calmar sus angustias económicas, carlancas dolorosas que lo aherrojaron desde la aurora hasta el anochecer de sus días, casi sin intermitencias.

Su opinión respecto a la polí-

tica y los políticos ibero-americanos, resultante del “alma libre del indio de antaño afligida de la opresión de los restos de tribus del indio de ahora” queda estampada con tinta indeleble en el artículo dirigido al connotado novelista español José María de Pereda, en que le refuta su generosa pero equivocada creencia de que había entonces abundante y valioso acervo de novelas americanas.

En política la mezcla de la sangre aventurera con la del aborígen, ha producido.

“esa interminable serie de revueltas, motines, asesinatos, pandillajes, asonadas, pronunciamientos, los feroces coronelotes zambos y los crueles generales indios, el aventurero que logra en países semejantes altos puestos públicos a fuerza de habilidad y audacia, los oradores de oratoria rural, los diputados fantoches y guapetones, y ¡La Patria! ¡La Libertad! ¡El 93! ¡Los derechos del hombre! la Prensa grotesca, adulona o de presa, los distinguidos personajes que rodean a su excelencia, la policía de verdugos, los vicios desbragados al son de las bandas palaciegas... Es eso de un pintoresco de opereta que mezcla lo ferrible con lo bufo...”

Con la independencia política de la antigua Capitanía General de Guatemala nacieron y se fortalecieron dos fenómenos definidos y fatales: el separatismo y el partidismo:

“La cultura que vino con los conquistadores fue poca y, como debía ser, traída por hombres guerreros, gentes de campaña y conquista. Del indio que da el fuego, la savia sana, lo que desde los viejos tiempos él aprendió junto a sus maizales y cañas selvajes, de los espíritus del bosque y de las montañas. El español nos dio la lengua, el bautismo, la gota de tintura blanca que colorea la piel. Cuando fuimos independientes nos quedamos con lo malo de los españoles y plantamos el famoso “árbol de la libertad”, el cual nos ha dado madera suficiente para incontables patibulos, horcas y casi troncos”.